

## Introducción

La figura del sacerdote católico ha sufrido un profundo descalabro a lo largo del inicio del nuevo milenio. Los escándalos de pederastia clerical han opacado cualquier otra consideración, y no es para menos. Pero ello ha contribuido a que la figura del sacerdote sea profundamente incomprendida en nuestra sociedad, ha llevado a cuestionarse profundamente su identidad, que aparece bajo una óptica problemática. Todo esto ha conducido a una crisis de la imagen sacerdotal: no resulta atractivo para las jóvenes de este milenio aún incipiente asumir la vocación sacerdotal, lastrada por tan profundas controversias. Y, para el resto de la sociedad, puede parecer una realidad incomprensible o una rémora del pasado.

De hecho, pocas semanas antes de comenzar a redactar estas líneas, se hicieron públicos los datos estadísticos del Anuario Pontificio 2022, que ofrece una instantánea de cómo estaba la Iglesia a finales de ese año. El diagnóstico es agridulce: si bien la Iglesia Católica creció un 1% respecto del 2021 (éramos 14 millones más de católicos),

sin embargo, se reafirmó la caída estadística de sacerdotes, seminaristas y religiosas, que marca una tendencia desde el 2012 para los dos primeros casos, desde el 2008 para éstas últimas. Esta noticia agridulce constituyó el empujoncito que necesitaba para comenzar a redactar estas páginas.

Estas breves líneas no aspiran a resolver el enigma del sacerdocio, pero sí quieren ser una bocanada de aire fresco –casi una respiración “boca a boca”– que recupere algo del atractivo de la vida sacerdotal. La crisis es profunda, pero pasará, porque el sacerdocio católico no es una institución humana, sino un querer divino, a prueba de los descalabros humanos. Pero ahora resulta urgente volver a mostrar el atractivo de la vida sacerdotal, en un mundo que se regodea en señalar sus inconsistencias, cuando no busca provocar el faul.

Para conseguir este objetivo: mostrar la belleza de la vida sacerdotal, no nos serviremos de profundas reflexiones teológicas; finalmente a las teorías como a las palabras se las lleva el viento. Nos serviremos en cambio de experiencias en primera persona, del testimonio de una vida. El lector juzgará que tan elocuente y atractivo resulta tal testimonio. Nos limitaremos a señalar algunos episodios memorables de una vida sacerdotal que ya cuenta más de veinte años. Dos décadas, sin ser demasiado, parece tiempo suficiente como para dejar decantar los entusiasmos del inicio y tener una visión de conjunto de lo que supone la vida sacerdotal.

Dos acotaciones son pertinentes. La primera es una confesión de realismo: se consignarán sólo los episodios positivos, atractivos. La vida sacerdotal tiene también sus páginas dolorosas, sus días oscuros, pero es preciso aprender a comerse las lágrimas y sonreír a la vida. No se señalará lo negativo, pues la documentación al respecto es abrumadora, pero, en cambio, existe una especie de ceguera selectiva que calla los días buenos del sacerdocio, que son la mayoría. Es decir, no se trata de una representación desencarnada y cruda de lo que supone la vida sacerdotal, sino de intentar mostrar su mejor cara, como cuando uno se pone sus mejores ropas para asistir a una reunión. En este caso la finalidad va por delante y se confiesa abiertamente: mostrar el atractivo de la vida sacerdotal, lo bonito que es ser sacerdote, para animar a las jóvenes generaciones a seguir este camino o, por lo menos, a no descartarlo con facilidad o a replantear la percepción que los jóvenes tienen de este género de vida.

La segunda aclaración estriba en el modo de vida sacerdotal del que suscribe. La inmensa mayoría de los sacerdotes no viven como el autor de estas líneas. Nuevamente, por delante, va mi hoja de vida: soy sacerdote de la Prelatura Personal del Opus Dei, miembro de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Esto quiere decir que estoy incardinado en la Prelatura del Opus Dei y me ordené fundamentalmente para atender sus labores apostólicas. ¿Qué implica eso? Pues, entre otras cosas, “que no tengo parroquia”. Cuando me encuentro gente por la calle que me

hace conversación, me suele preguntar: “¿cuál es su parroquia padre?” Siempre les tengo que contestar que “no tengo parroquia” y que soy capellán de algún colegio o universidad, como para resaltar que no soy un “sacerdote vago” u holgazán. Es una manera de justificar mi existencia sacerdotal, que casi siempre produce cierta extrañeza, como si fuera un “sacerdote raro”. Raro no, pero poco común sí. Esto implica que mi experiencia sacerdotal será, en la práctica, muy diferente a la de la mayoría de los sacerdotes cuya existencia gira en torno a la parroquia. Mi caso es distinto, aunque semejante en muchos puntos. De hecho, a lo largo de mi ministerio sacerdotal, he tenido la oportunidad de entablar una sabrosa amistad con sacerdotes párrocos o vicarios de parroquias y, eventualmente, de apoyarlos con alguna actividad. En varias ocasiones, además, he podido escucharlos, se han desahogado conmigo y han compartido su vida sacerdotal con el que suscribe estas líneas.

El estilo de este texto será autobiográfico. Se trata de ofrecer un *collage* de narraciones en primera persona, sin orden ni concierto, sino como vayan compareciendo a mi conciencia. Personalmente este ejercicio me sirve particularmente para obtener una “memoria agradecida” en expresión del Papa Francisco y, para comprobar cómo la historia de mi vocación es una “historia de las misericordias de Dios”, en expresión de san Josemaría Escrivá. En efecto, con el paso de los años uno es testigo de cómo “Dios escribe derecho en renglones torcidos”, y ello in-

vita a elevar el alma en un himno de acción de gracias a la bondad divina por no haber rehusado servirse de un instrumento indigno como yo para hacer su Obra.

El cuadro de conjunto que resulte –la narración va surgiendo al compás de estas líneas– espera ofrecer una perspectiva atractiva de la vida sacerdotal, como vida plena de sentido, de significación, de servicio a los demás. En definitiva, como una vida que vale la pena ser vivida. Sólo el paciente lector juzgará si el resultado final consigue su objetivo.